

miscelánea viajera

Gate 49

Aleteo de vuelos
perdidos, lejanos
en tus ojos
brillantes de borrasca y vendaval.

Arroyo de hojarascas en tus cabellos
cambiantes, como la luz
y las estaciones.

Labios que dicen cuando callan
y que, a veces,
cantan en silencio.

Caricias ásperas como el jade sin pulir
y tibias como la arena.

Dientes que muerden
y paladean.

Todos los reencuentros reflejados
en esa tierra de nadie
que son las sinfronteras de tu frente.

Y en el aeropuerto
enjalbegado de buganvillas y azahares,
un visado para lo prohibido en tu sonrisa.

Agosto, 2000

Abril en Copenhague

Al principio sólo me obsequiaste con tu sonrisa.
Más tarde comenzaron las discrepancias.
Solíamos compartir mesa con amigos comunes,
separados.

Una noche nos tropezamos callejeando el barrio viejo.
Con media de Flor de Caña
calentando los recuerdos
te expresé mi diferencia entre un latino y una nortea:
para nosotros
el tiempo con los amigos
lo primero.
Ustedes siempre tan activos
y tan relojeros.

Te pusiste bien *arrecha*. Pensé en el adiós definitivo.

Pero los dioses
tal vez aplacados o
halagados por las flores
y las libaciones
pusieron en nuestros labios
los suaves vocablos
ya casi olvidados
de aquellas tierras entre mares
y los giros capaces de unir
las vías del *trenesito*
que llaman ferrocarril.

Y así
casi como sin darnos cuenta
pero como queriendo
paseamos unos cuantos rincones
para el reencuentro:

Gate 49

Aleteo de vuelos
perdidos, lejanos
en tus ojos
brillantes de borrasca y vendaval.

Arroyo de hojarascas en tus cabellos
cambiantes, como la luz
y las estaciones.

Labios que dicen cuando callan
y que, a veces,
cantan en silencio.

Caricias ásperas como el jade sin pulir
y tibias como la arena.

Dientes que muerden
y paladean.

Todos los reencuentros reflejados
en esa tierra de nadie
que son las sinfronteras de tu frente.

Y en el aeropuerto
enjalbegado de buganvillas y azahares,
un visado para lo prohibido en tu sonrisa.

Agosto, 2000

una barca y un amanecer en las aguas del lago Atitlán
un rugido entre las ceibas desde las piedras de Tikal
los volcanes encendidos de la isla de Ometepe
aquellas parejas de loros entre la lava rojiza del cráter del
/Masaya.

Vos empezaste a regalarme aquellos ¡ahs!
aspirados: ah!
intercalados: ah!... ah!
sincopados
que en tu lengua quieren decir tan sólo: ¿sí?

Y cuando nos cruzábamos con los amigos
por entre aquellos antros de la noche
yo desplegaba todas mis velas
queriendo así abarcar tu cintura.

Aquella horas platicamos y compartimos
compartimos y amanecimos
en un recodo del rincón de la pasión
a un palmo del suelo
cerca del balcón con geranios
de aquel piso prestado.

Me pesas.
Sos un sol, un quetzal
enchilada, guacamole
cuajadita rica,
tortillita bien tostada
elote, pinolillo, frijol.
Sos nacatamal.

Abril, 1991

para Bolette

Te fuiste una mañana
con aquellas aves que vuelan hacia el norte
huyendo de nuestros veranos.

Lucía por alas
los talonarios *inter-rail*
y la estación vestía su falda
de hierros oxidados y modernistas.

Me dejaste instalado en la nostalgia
de mis deslunados
-siestas de culebrones de desmesura
periquitos y palomas
sólo silentes bien entrada la noche-
haciendo crujir
más de un engranaje viejo
que desde entonces
ya no acopla por más que lo ajuste.

Me quedo a solas con este mar sucio
que en invierno se disimula de verde
con mis azules
con tus violetas
con nuestros *blues*.

Escucho a Sinead O'Connor
pensando aprender algún día
sus letras.
Su voz me une a ti
sus clavículas
sus iris, sus cejas.

una barca y un amanecer en las aguas del lago Atitlán
un rugido entre las ceibas desde las piedras de Tikal
los volcanes encendidos de la isla de Ometepe
aquellas parejas de loros entre la lava rojiza del cráter del
/Masaya.

Vos empezaste a regalarme aquellos ¡ahs!
aspirados: ah!
intercalados: ah!... ah!
sincopados
que en tu lengua quieren decir tan sólo: ¿sí?

Y cuando nos cruzábamos con los amigos
por entre aquellos antros de la noche
yo desplegaba todas mis velas
queriendo así abarcar tu cintura.

Aquella horas platicamos y compartimos
compartimos y amanecemos
en un recodo del rincón de la pasión
a un palmo del suelo
cerca del balcón con geranios
de aquel piso prestado.

Me pesas.
Sos un sol, un quetzal
enchilada, guacamole
cuajadita rica,
tortillita bien tostada
elote, pinolillo, frijol.
Sos nacatamal.

Abril, 1991

Tu pelo corto y húmedo
tus ojos, tu mano
me dicen adiós
desde la ventanilla
de un viejo tren repintado
de andares cansinos
que mientras se aleja
instala un vacío
retuerce mis deseos
y va surcando la huerta
donde sembré
y tal vez enterraré
tu recuerdo.

Perdido como un guiri en la medina de Fez

Andábamos paseando allá lejos
por aquellas tierras del istmo central
y a ti te gustaba Manhattan,
también las películas de Woody Allen
y demás
y yo, en cambio,
andaba obsesionado con llevarte a Fez
a través de Chitxén-Itxa, Uxmal, Tikal
y de los volcanes que rodean las aguas del Atitlán
y de todas las lagunas de Managua
que no conocés
pasando por el hervidero cimbreado de La Habana
tras hacer escala técnica
en la ciudad blanca.

Tal vez por eso te perdí
en una cochambrosa estación de buses
una mañana de gris.

Y me quedé en mi medina
solo
con todas las teteras
chupas
pulseras
cajitas de cedro
y cachivaches mil.

O tal vez
fueron otras las cosas
que no quisiste contar
o yo no puedo escribir.

Copenhague again

La primera vez que te intuí
fue una noche de *guaro*
palo-mayo
y mariachis mal bailaos.

Cafecito caliente nos unía
entre aquella disparadera
que festejaba la Navidad
allá en la Nicaragua de estrellas
en la mera raya
en la frontera no más.

Años después te descubrí
a finales de un marzo de nieves
y pardos colores.

Ágape de ahumados pescados bálticos
saltando entre yogures y salsas
riojas y vinos franceses
en medio de un piélago de luminarias
en el palacete de la *compa* Dörte
Copenhague norte.
Gentofte.

Más tarde me instalé en Sant Kenike Strase
para poder admirar
el corazón y la espada
de la redonda torre más alta.
Vagaba como turista novato
disfrutando el privilegio
de contemplar sus dorados brillando con la luna
desde los corredores de la residencia medieval.
Norreport.

También escalamos la atalaya con el reloj
y la cúpula espiral
toda oro
de la iglesia de los elefantes barrocos
que sostienen los tubos de metal.

Abajo quedaba Christiania
y más allá, las colas retorcidas de los dragones
sobre el edificio de las finanzas.

Canales y lagos
y por las calles sin coches
hombres con mochilas
y mujeres multicolores
extraídas de los cuadros de los museos.

Regresé en julio
con los turistas
y el jazz.

Te pedaleé de arriba abajo
hasta que nos cruzamos con Rie
en aquel circo belga de principios de siglo
columnas rojas, marquesinas y espejos
bailando entre la gente.

Mas tuve que regresar
acumulando ganas de volver
una vez más.

Por eso, cuando te reencontré de nuevo
en esta mi guarida
El Carmen se convirtió
de un solo
en Norrebro.

Pero faltaban los tejados verdes
de tejas de zinc oxidadas
las cúpulas doradas y enrevesadas
las flores y las velas en las cafeterías
y la música en las esquinas.

Pero para eso están los amigos
y las noches
y los largos otoños
y las infinitas orillas de mediterráneo
y nuestros vinos.

*para Renata Balducci
Torino*

En los sagrados escalones del Pushka Lake
descalzo entre los excrementos de las sagradas vacas
me senté
me lavé los pies
y lloré.

En la orilla opuesta
arropada por entrecruzados cánticos de muezines y
/brahmanes
habitaba la reencarnación imposible y deseada
animal sacrosanto e intocable
formas arcillosas de diosa griega
alma de mármol
extraído de los templos de Jain Dilwara.

Y la lluvia seguía
suave y lenta
sobre mi viejo sombrero de lana gastada
impregnado por todos los limos
del nunca acabado periplo.

Y desde aquí,
dominando las terrazas cultivadas de otros lagos
bañado por la luz que nos faltó en Puska
protegido bajo las umbrías del Fuerte de Udaipur
una noche templada
tras el crepúsculo dorado de desierto en Rajasthán
carente de la leña necesaria para la ceremonia anual
-que sólo para ti tiene sentido-
acompañado tan sólo por la añoranza
acariciado por la brisa tapizada de estrellas
las mismas que todavía se mirarán unas horas

en el Mare Nostrum
nuestro mar,
desde las antípodas de nuestras casas y geografías,
desde estas orillas ordenadas y limpias
rodeadas del caos hindú,
celebro en solitario nuestros desencuentros
y brindo con té dorado
del mismo color que el ron del que carezco
por lo que pudo ser y no fue
por lo que será
sin duda
búsqueda perpetua
parte necesaria
del camino.

Udaipur
23 de agosto, 1996